

1

El primer recuerdo que tengo de mi hermana es en nuestra casa familiar de Zafra, jugando con una muñeca bailarina que giraba al tirar de una cuerda que le salía de la cabeza y que nos había traído mi padre de Madrid. Somos nueve hermanos y nosotras vamos en cuarto y en quinto lugar; por delante están: Antonio, Ida y Aurora, y detrás van: Chencho, Piedi, Paco y Juan. Para todo el mundo Dulce y yo éramos «las mellis», aunque no somos mellizas sino gemelas, es decir, nacidas de una misma célula que se divide en dos partes exactamente iguales. A mi madre le gusta decir que somos especiales porque nos hemos desarrollado siempre como un par y hemos sido capaces de crear un mundo particular formado por dos mitades que juntas hacen una unidad, y ésa ha sido también nuestra manera de relacionarnos con los demás. «Están ellas y, luego, el resto», decía. Cuando éramos bebés, mi padre nos escribió un poema y uno de los versos era: «Cómo gozan mirándose las manos», porque nos pasábamos las horas en la cuna rozándonos con la punta de nuestros dedos minúsculos. Una a la otra. Descubriendo nuestra independencia, la que te dan las manos con la posibilidad de coger, de atrapar, de tocar, de acariciar; y, a la vez, nues-

tra dependencia: manos idénticas que corresponden a cuerpos idénticos.

El momento más doloroso de mi infancia coincide con la muerte de nuestro padre. Era político, fue alcalde de Zafra y por cuestiones de trabajo siempre estaba yendo y viniendo de un lado para otro aprovechando los viajes que hacía a Madrid para tratarse de una enfermedad que padecía en el corazón. La última vez que salió de casa lo hizo para morir. Tenía cuarenta y cinco años. Mi madre quiso que le recordáramos con vida, así que el día del entierro nos repartió a todos los hermanos en casas de familiares y amigos que teníamos en el pueblo y a Dulce y a mí nos tocó en la casa de una tía nuestra que esa tarde nos llamó y nos preguntó: «¿Quién de las dos es la que escribe cartas a la Virgen?». Y mi hermana dijo: «Yo». Y mi tía: «Pues vamos a escribir una carta a papá, que se ha ido con ella al cielo». Así nos enteramos. Éramos pequeñas, la vida todavía no nos había dado esa capacidad para defendernos de lo inesperado y la orfandad nos produjo un dolor espantoso, un dolor físico, porque era dolor físico, que nos atravesaba las entrañas y nos vaciaba por dentro.

A las pocas semanas de aquello, mi madre nos matriculó en un internado en Villafranca de los Barros y, justo quince días antes de empezar el curso, Dulce se puso mala con fiebres paratíficas y se la llevaron a Almendralejo a pasar la convalecencia, así que me tocó entrar sola en el colegio nuevo. A la muerte de mi padre se sumaba la ausencia de mi hermana por primera vez. Teníamos once años y hasta ese momento todo lo habíamos hecho juntas. Todo. Me enfadé con el mundo y empecé a sentir extrañeza hacia todo lo que me rodeaba, como si yo no tuviera que estar ahí, como si no me correspon-

diera. No quería hablar con nadie, no quise hacer ninguna amiga por si acaso luego a Dulce no le caía bien y me pasé los primeros días de octubre dentro de una burbuja con mi mitad y mi soledad.

Un domingo las profesoras decidieron llevarnos a misa al María Inmaculada, nuestro colegio de Primaria en Zafra, y cuando estaba sentada en uno de los bancos alguien me dijo en voz baja: «Está tu hermana afuera». Empezó a latirme el corazón con tanta fuerza que parecía que se me iba a escapar rompiéndome el pecho. De repente, ya no sabía de qué hablaba el cura ni qué cantaba el coro ni si había que arrodillarse o ponerse de pie. Sólo sabía que Dulce estaba afuera. Cuando nos vimos, echamos a correr la una hacia la otra y nos dimos un abrazo con tanta emoción que lo hemos recordado muchas veces con el paso de los años porque para nosotras ése fue «el Abrazo» y todos los que han venido después no han hecho sino imitarle. Aún puedo sentir nuestros cuerpos pequeños apretados el uno contra el otro.

Volví a clase sin ella porque todavía no estaba recuperada del todo y seguí el resto de los días sentada en silencio durante los recreos en un banco del patio. Cuando las profesoras y las otras niñas se me acercaban y me preguntaban qué me pasaba, les decía la verdad: «Estoy esperando a mi hermana».

A veces creo que sigo esperando... Sé que no, porque sé que no, pero sigo hablando en presente. El otro día, por ejemplo, entré en un establecimiento para comprar una cosa y, cuando entregué la tarjeta de crédito para pagar, la chica al ver el apellido me miró y dijo: «¡Huy, casi!». «¿Casi qué?», le pregunté. «Casi como la escritora». «Es que Dulce es mi hermana», respondí.

Es mi hermana. En presente. Es mi hermana. Es. Como si ella fuera a volver o como si alguien se acercara a mí una tarde cualquiera para susurrarme al oído: «Está tu hermana afuera».

2

Dicen que los últimos veranos son los mejores.

Dulce había tenido un año de locura. El éxito de su última novela la tuvo viajando durante los primeros seis meses del año sin parar un solo momento. A veces me llamaba y me decía: «Inma, ¿te puedes creer que no sé dónde voy a dormir mañana?». Y lo decía como si fuese algo extraordinario, que lo era —todo el mundo sabe más o menos dónde va a dormir a dos días vista—, pero a ella le entusiasmaba lo de tener una agenda que no se podía cerrar hasta el último momento. «Me siento volar, Inma. Me siento volar». Ferias literarias: Badajoz, León, Barcelona, Valencia, Oviedo, Sevilla, Santander, Vigo, Palma, Granada, Córdoba, Cádiz. Entrevistas, conferencias, charlas, mesas redondas, debates. Premios. Era su quinta novela y las anteriores habían ido bien, sí, pero lo de ésta fue espectacular desde el principio. Con ésta, Dulce brotó.

Estábamos veraneando en Villanueva del Rosario, un pueblo malagueño, en una casa rural que habíamos alquilado y que ella decía que era la de sus sueños, con muchas habitaciones para que todo el mundo que quisiera ir pudiera quedarse a dormir sin problemas de espacio. Ese año habíamos dado muchas vueltas al tema de las va-

caciones porque Dulce estaba preparando una nueva novela sobre la historia de una princesa azteca y yo la estaba ayudando con la documentación, así que siempre estábamos diciendo que teníamos que ir a México «a buscar a la Princesa» y, por unas cosas o por otras, aún no habíamos conseguido cerrar una fecha, de manera que el mes de agosto, sin agenda y sin clases de por medio, se había situado el primero de la lista para viajar al otro lado del charco. Lo que pasa es que mi madre acababa de cumplir setenta y nueve años y a mí me atormentaba la idea de que fuera el último verano con ella; ya sabes, estas cosas del pánico al «¿Y si...?». Total, que al final nos decidimos por Málaga. Dulce eligió una casa que ya tenía fichada hacía tiempo porque estaba muy cerca de un molino en el que vivían unos amigos suyos íntimos, Pepe y Sharon, y ella solía ir allí a terminar sus novelas porque le daba el sosiego que necesitaba para escribir. «Es que el Molino me da paz», decía.

Habíamos pensado pasar en Villanueva del Rosario el mes de agosto y que los amigos y familiares fueran llegando cuando les apeteciera. Siempre digo que aquellos días de verano fueron el final de nuestra vida cotidiana. De nuestra vida como siempre. De nuestra vida, en realidad, porque lo de después ya fue otra cosa.

La primera semana fue perfecta. Perfecta. Vinieron a la casa unos amigos mallorquines, Juan y Xesca, y estaba también mi hija pequeña, Clara, que se hizo muy amiga de una niña saharauí que adoptaban en verano unos vecinos nuestros.

Un día nos levantamos por la mañana, cogimos el coche y nos fuimos los seis de excursión.

Agosto, 2003

Hace un calor de espanto. Un calor que se pega al cuerpo y no deja respirar. Un calor que moja la sisa de las camisetas y hace resbalar el sudor del cuello al escote colándose entre el canalillo de los pechos sin pudor y sin vergüenza. Calor desvergonzado. Atrapado. Enredado. El calor se ha enredado en el ventilador que cuelga del techo de uralita y hace girar la masa caliginosa en círculos concéntricos que huelen y humean. Nadie parece haberse dado cuenta. Tampoco es de extrañar. Es el mes de agosto y es el sur. Lo raro hubiera sido lo contrario.

El grupo de amigos entra en la pequeña venta charlando animadamente y elige una mesa donde hace un poco de corriente. Es un lugar extraño. Extraño, no, distinto. Distinto a lo que esperaban después de haberse pasado la mañana de excursión por el desfiladero del Guadalhorce y haber estado más de tres cuartos de hora perdidos con el coche por la sierra de Antequera. Y con mapa.

El comedor está en la parte de atrás, al aire libre, y no tiene ni una sola pista que sugiera que están en el típico restaurantito andaluz al que parecía que entraban cuando han visto el blanco exterior de las paredes encaladas y los membrillos, la higuera y la buganvilla del jar-

dín escalando desde la cancela de hierro al porche y desapareciendo por detrás de la azotea. Es austero, sin macetas con geranios ni azulejos pintados a mano ni cerámicas decorativas, pero no importa porque hay hambre y hay sed, así que se sientan. Al minuto aparece una mujer que les deja las cartas con las sugerencias del día y que no dice apenas nada, acaso un por aquí les voy dejando las cartas para que vayan decidiendo qué les apetece, pero el grupo se mira divertido. Resulta que es nórdica. Rubia, alta, flaca y sonrosada y venida de algún lugar del norte de Europa vaya usted a saber por qué o por quién.

Pues nos vas a traer gazpachito para cuatro. Las niñas, no, que luego no se lo comen; para ellas, hamburguesa con queso. ¿Qué hacemos? ¿Pedimos las berenjenas o no? Por mí, no. Por mí, tampoco. Pues nada. ¿Ensaladas? Sí, sí, ensaladas, sí, por favor. Ensaladas trae por lo menos dos porque vamos a picar todos. ¿Gazpachos cuántos? Yo. Yo. Yo. Y yo. Cuatro gazpachos. ¿Pedimos una tortilla de papas también? ¡Ay, Dulce, qué sonrisa...! ¡Se te hace la boca agua! ¡A ver, es mi plato favorito, qué quieres que le haga! Entonces tráiganos una tortilla para el centro, por favor. Y pan, no te olvides de pedir pan que sin pan no comemos. Sí. Voy. El pan nos lo trae, si puede ser, con esa salsita rica que se pone por aquí para acompañar. ¿Qué más? Ah, la bebida. Una jarra fría de cerveza, de momento. ¿Vais a tomar vino con los segundos? ¿Sí? ¿Todos? Pues una botellita de tinto para después. ¿Y agua? También, agua también. ¿Mineral? Sí. ¿Con o sin gas? Con. Y una mineral con gas, por favor. Pues ya está todo, muchas gracias.

Los amigos hablan y hablan en una conversación milagrosa en la que los temas, sin tener nada que ver los

unos con los otros, adquieren una coherencia perfecta a partir de enlaces invisibles por los que unas palabras les llevan a otras: ¿Qué tal lo de tu decanato, Inma? ¿Se confirma o no? Espero que se sepa en septiembre de forma oficial. Ahora que dices lo de oficial, no sabéis quién se ha casado por la Iglesia. ¡No me digas! Mira que nadie daba un duro por ellos. Si cuando el amor está por salir, sale y, si no, no hay tu tía. Ahora que dices lo de tía, ¿ya os ha dicho mi hermana que va a ser abuela por tres? ¿Cómo por tres? Dulce, ¿no esperaba una niña Eduardo? Sí, pero me han llamado María y Dolo y ¡también embarazadas! Así que ya veis: ¡el verano que viene tendremos que coger una casa más grande! Huy, pero qué dices... El verano que viene, ¡con lo lejos que está! Si acabamos de empezar éste... Sí, sí, qué manía tenemos con mirar al futuro. Pues eso digo yo. Anda, alguno que me dé un cigarro, que me he quedado sin tabaco. Gracias. ¡Ah! Cómo lo sabía, es encenderme el cigarro y venir la comida.

La camarera se acerca cargada de gazpachos y ensaladas que coloca repartidos por la mesa de manera que todos alcancen con el tenedor. Abre un hueco para poner la aceitera y un cesto de mimbre con pan tostado al horno y coloca al lado un cuenquito con la salsa ali-oli. Y la tortilla, que huele que alimenta. Mejor sabrá, que dice siempre mi madre. ¿Empezamos?

Van cayendo las horas del mediodía veraniego, que los amigos alargan y entretienen porque no tienen nada que hacer después, ni dentro de un rato, ni mañana ni pasado mañana. Sólo charlar, comer y reírse, sobre todo reírse, «¡Sobre todo reírnos!». Acaban de llegar al rato calmado de café y cigarrillo en el que, después de debatir y discutir sin parar poniendo el mundo patas arriba para

volver a colocarlo después a saber de qué manera, cada uno se pone a pensar un poco en lo suyo hasta que alguien dice eso de: «¿Qué hacemos? ¿Nos vamos?». Pero hasta el qué hacemos nos vamos hay unos minutos de despegue, de individualidad, de aislamiento, de calma. Inma da una calada al Marlboro y observa a su hija Clara haciéndose confianzas con su amiga saharauí. ¿De qué estarán hablando y en qué idioma? Si Mayuba apenas sabe castellano. ¿Colegio? Puede. ¿Juguetes? No creo, ya no. ¿Chicos? Huy, no, chicos tampoco, todavía no. Echa el humo del cigarro, casi se atraganta con lo de los chicos. Mira a su hermana, que acaba de soltar tal carcajada que hasta se ha oído el eco, y eso que están al aire libre. ¿Qué le habrá hecho tanta gracia? A saber, si se pasa el día con la risa en la boca, mírala... aún se va partiendo de camino al baño... Se fija en Xesca y en Juan, que han desplegado el mapa de carreteras y están haciendo un trabajo de investigación exhaustivo, a ver si con un poco de suerte se acierta con el camino de regreso. Y piensa en las mañanas, cuando el sol despunta con fuerza atacando en las rendijas de su ventana y la despierta muy despacio. Y en los desayunos que prepara el primero que se levanta. Y en el olor a café recién hecho. Y en los paseos a la piscina de los de la finca de al lado, con quienes pasan hasta la hora de la siesta. Y en las tardes en el Molino, donde Pepe prepara un combinado buenísimo que a veces se les sube a la cabeza. Y en las caminatas con los perros cuando las montañas pasan del rosáceo al azulado. Y en las partidas de Scrabble después de cenar construyendo palabras hasta las tantas. Incluso han pensado en echarse un campeonato, ya veremos. Inma no está muy segura de que exista la felicidad, pero, si existe, seguramente se parezca mucho a esto.

—¿Qué hacemos? ¿Nos vamos?

—Sí, sí, que se nos está echando la tarde encima —dijo Inma levantándose y cogiendo su bolso del respaldo de la silla—. Voy a ir a buscar a mi hermana al baño, que parece que tarda un poco.

Dio unos golpecitos en la puerta del aseo.

—Dulce, ¿estás bien?

Su hermana abrió muy despacio, salió y se sentó en una banqueta que había al lado del lavabo.

—No.

Inma arrancó un trozo de papel de secarse las manos y lo dobló en tiras para abanicarla, luego sacó un clínex del bolso, lo empapó en agua fría y lo acercó a la frente de su hermana a ver si así se le pasaba un poco el mareo. Alguien empujó la puerta del baño y apareció Xesca con gesto de pero, bueno, ¿qué hacéis?

—Pero bueno, chicas, ¿qué hacéis?

—Nada, que Dulce se ha mareado; debe de ser una bajada de tensión.

Xesca miró a Dulce, que estaba muy pálida, y buscó los ojos de Inma que acariciaba suavemente la cara de su hermana.

—Ay, no, no, no, Inma, que esto no es una lipotimia. Esto es otra cosa.

Quedaron con la ambulancia en un punto de encuentro que había a la salida del desfiladero, a unos veinte minutos del restaurante. A Inma le dijo el médico que lo sentía, pero que no les podía acompañar. Pues más lo siento yo por ustedes, porque voy a ir en la ambulancia se pongan como se pongan. Es que usted no puede venir. He dicho que voy con mi hermana y voy con mi hermana. Que no, que la ambulancia es para el personal sa-

nitario, que nosotros no dictamos las normas. Inma, mujer, vente conmigo, recogemos a Xesca y a las niñas en el restaurante y nos vamos todos al hospital. Que no, Juan, que he dicho que voy y voy. Déjenla ir. Por favor, déjenme ir, se lo ruego, déjenme ir con mi hermana. Anda, déjala subir... Gracias, ¿me siento aquí?

Inma se subió en el asiento de al lado del conductor.

—¿Está ya más tranquila?

—No, si yo estoy tranquila, yo tranquila estoy, porque si ella estuviera mal yo lo notaría. No sé si se ha dado usted cuenta de que somos gemelas, y a las gemelas todo les pasa a la vez. Desde pequeñas... Mi madre siempre decía que a ella le tocaba todo por duplicado: dos sarampiones, dos gripes, dos con tos. Lo único que no hemos pasado juntas fueron unas fiebres que le dieron a Dulce antes de empezar el colegio, pero todo lo demás... todo lo demás a la vez... Fíjese que un día mi hermana se rompió el brazo y al mes siguiente me lo rompí yo, pero ¡en el mismo hueso y por el mismo sitio! O sea que... que por eso le digo que estoy tranquila.

Se notaba que estaba nerviosa, que necesitaba hablar con alguien, por ejemplo con el conductor, el hombre corpulento que había sacado a su hermana del coche de Juan. Le caía bien. También le había parecido simpático el médico que ahora iba detrás con Dulce, aunque se había puesto un poco terco al principio con lo de que ella no podía subir a la ambulancia. Pero durante la discusión, Inma se había fijado en una deformidad abultada que tenía el doctor en la espalda y que no disimulaba en absoluto con la bata blanca que llevaba sobre la ropa y que le quedaba un poco justa. La joroba le había provocado ternura e, incluso, confianza, así que, aun estando segura de que a su hermana no le podía estar pasando na-

da grave, en un despiste de todos había acercado su mano al médico por detrás y le había tocado la chepa.

La sierra de Antequera pasaba por delante de sus ojos a la velocidad del rayo. Todos los colores se mezclaban. El cobrizo. El rojo. El verde de los olivos. El pardo del espinar. El gris de la roca atravesando un cielo que ella creyó no haber visto nunca antes. Límpido. Intenso. Inmenso. Inma apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y se perdió en su azul. No sabe cuánto tiempo pasó, supone que minutos, aunque a ella le parecieron horas. Muchos meses después, en otro lugar, sacará un papel del bolso y garabateará unas palabras en forma de versos: «Apliquemos la lógica / digamos que te has ido / y que volverás / enredada en azul».

La cortinilla de atrás se abrió de un manotazo.

—Date prisa. Y pon la sirena.

El ruido de la alarma le golpeó las sienes. Desde entonces tiene ese sonido clavado en la memoria, junto a una frase que no dejaba de repetirse y que juró no habérsela inventado. Que ella la oyó. Que no fueron imaginaciones suyas. Que fue cierto que alguien dijo: «No es grave, es sólo un ataque de ansiedad».

—No es grave, es sólo un ataque de ansiedad.

La doctora se quitó las gafas y revisó con detenimiento los resultados del informe que tenía delante. Había llamado a Inma mientras Dulce estaba terminando de cambiarse porque la habían reconocido al entrar y quería confirmar que Dulce era quien era, que no la habían confundido con otra. «Sí, sí, mi hermana es la escritora, sí». Ahora las tenía enfrente a las dos.

—Vamos a ver, Dulce, esto es claramente un cuadro de ansiedad y, sabiendo lo que ha pasado usted este año,

no nos extraña nada. Ya me ha contado su hermana lo del libro, los viajes, las presentaciones, el trajín de la promoción: agotador. A ver si me explico bien... ¿Se imagina que un atleta se presentara a los Juegos Olímpicos sin haber participado nunca ni en una maratón de barrio? Pues eso es lo que ha pasado, que usted estos últimos meses ha corrido los cien metros lisos sin entrenar. Y ha corrido a ganar. Y ha ganado. Pero, cuando ha parado, cuando ha cruzado la línea de meta, su cuerpo y su mente han dicho: «Hasta aquí hemos llegado, ya no podemos más». Y como no sabemos escuchar al cuerpo, porque no sabemos, sólo le queda hacerlo así, a gritos. Así que ya lo sabe, ahora a descansar porque no le queda otra. Dormir mucho, salir poco, no alterarse, evitar todo tipo de actividades que supongan un esfuerzo y, sobre todo, no hacer nada. Nada de nada. Y en cuanto llegue a Madrid, un chequeo completo para quedarse tranquila. ¿Estamos?

La doctora las acompañó hasta la salida y se quedó en la puerta del hospital viendo cómo se alejaban hacia el coche donde les esperaba una pareja y unas niñas que al verlas las abrazaron con la misma emoción que si hubieran vuelto de un viaje de avión con el cuadro de mandos averiado. Se quedó pensando en ellas, en las gemelas. Eran exactamente iguales. Clavadas como dos gotas de agua. No sólo compartían el color oscuro de pelo ondulado que se eriza con la lluvia y el sudor, la forma de las cejas espesas depiladas por la parte interna dibujando un arco casi perfecto bordeando los párpados, el marrón chocolate del iris, la nariz grande sin exagerar y los labios gruesos y rojos perfilando una boca amplia que al abrirse muestra unos dientes ordenados y blanquísimos a pesar de fumar, sino que también compartían la ma-

nera de mover las manos al hablar, de apartarse un poco el cabello detrás de las orejas para darse cuenta enseguida de que el pelo siempre mejor por delante y volviendo a colocar los mechones en su sitio, la misma mirada atenta y curiosa, el mismo brillo en las pupilas, la misma calma al pronunciar cada palabra, la risa contagiosa y, lo que más le había llamado la atención, el mismo tono en la voz.

Había amanecido hacía rato, pero no tenía ni idea de la hora que era. Con esto de no llevar reloj en vacaciones, Inma se perdía las horas sin querer. Nunca madrugaba, madrugar era una palabra que no entraba ni en su vocabulario ni en sus planes cotidianos y mucho menos en agosto; la mínima posibilidad de despertarse al primer rayo era la mejor oportunidad para darse la vuelta y continuar durmiendo. En cambio, apenas había descansado por la noche, inquieta con lo del día anterior, y tuvo que hacer auténticos esfuerzos para no levantarse de la cama hasta que no hubiera algo de luz.

Se asomó a la ventana de su cuarto, empujó el postigo de madera y vio que hacía una mañana estupenda, luminosa, con una pizca de brisa que le permitía salir al jardín sin abrasarse. Se puso una camiseta de algodón de tirantes y unos pantalones de lino, se calzó las sandalias y bajó las escaleras sin hacer casi ruido. Entró en la cocina, sacó el mantel grande del primer cajón de la alacena y lo extendió sobre la mesa rectangular que ocupaba el centro de la habitación. Abrió la vitrina para coger seis tazas y seis platos de café. Vasos de cristal para el zumo. Del cajón de los cubiertos, seis cucharillas y seis cuchillos. Un servilletero. Sacó dos tarros de mermelada, uno de grosellas y otro de ci-

ruela, y los dejó en el centro de la mesa junto al tarro de mantequilla. Comprobó que había pan. «Es el que sobró de ayer; mira qué bien que voy a hacer unas migas». Lo cortó en láminas, las salpicó con agua y las dejó reposar en una fuente de cerámica mientras cortaba unos ajos con la precisión de un cirujano que tiene como paciente a la mujer de un amigo de la infancia. Puso en la sartén el aceite y esperó a que calentara. Luego cambió los ajos por las rebanadas y con un cucharón de madera empezó a dar vueltas muy despacio. El movimiento de la mano girando, la imagen del pan desmigándose poco a poco y el olor que desprendía la cafetera que estaba en el fuego la llevaron a un rincón de su memoria con el que no contaba una mañana de verano cocinando unas migas para desayunar. Inma volvió a sentir la llamada al móvil que su hermana le había hecho unos meses atrás.

—Inma, ¿qué plan tienes esta noche?

—Ninguno, acostarme pronto que estoy agotada. ¿Por qué?

—Me apetece que leas lo que llevo escrito de la novela nueva, a ver qué te parece. —No era una petición lo que sonaba al otro lado del teléfono, ni una súplica, ni un ruego. Era una orden.

—Pues no sé, Dulce, quedamos en Madrid para tomar un café y la recojo, pero hoy no me puedo entretener mucho que tengo un montón de cosas que hacer en casa por la tarde... ¿A las cuatro?

Conocía a su hermana. Siempre necesitando que alguien le dijera qué le parecía lo que estaba escribiendo para no tener esa sensación de nadie al otro lado, esa sensación de abismo como del que se sienta en un balancín

sin tener un compañero de juego. Inma era el contrapeso de Dulce. Había estado leyendo lo que ella escribía desde que eran muy pequeñas. Su primera lectora. Una vez, la maestra les puso como deberes que escribieran una poesía. Tenían seis años. Dulce escribió un poema que decía: «En el campo con mi padre, vino un bicho a devorarme / y mi padre, como es listo, cogió un pincho y le dio al bicho / yo llorando con ternura, vio mi padre la hermosura / de llorar a una hija suya». Al día siguiente, la niña leyó la poesía en clase y a la profesora se le ocurrió que, como tenían manualidades por la tarde, Dulce la escribiera con letra cuidada en una cartulina y que la ilustrara. «¡Y que te ayude tu hermana con el dibujo!», había dicho. Acababan de aprender a escribir con pluma y el trabajo de llevar el plumín hasta el tintero sin encharcar el papel y cubrir lo escrito con el secante sin emborronar era una aventura emocionante. Se pasaron toda la tarde transcribiendo la poesía en la cartulina y pintando alrededor una serpiente en un campo lleno de flores y un sol y un palo y después colgaron el poema con el dibujo en el corcho mientras todos los niños aplaudían y ellas se miraban cogidas de la mano, dando saltitos de alegría un poco ruborizadas por el clamor general.

Inma llegó a casa y dejó la primera entrega de la novela de Dulce encima de la mesilla de su dormitorio. Cuando se acostó, encendió la lámpara de noche, cogió con mucho cuidado los folios escritos a doble espacio que estaban sin encuadernar, se puso las gafas y empezó a leer: «La mujer que iba a morir se llamaba Hortensia. Tenía los ojos oscuros y no hablaba nunca en voz alta. Sólo cuando la risa le llenaba la boca, se le escapaba un Ay madre mía de mi vida que aún no había aprendido a controlar, y lo repetía casi a gritos sujetándose el vientre.

Se pasaba gran parte del día escribiendo en un cuaderno azul. Llevaba el pelo largo, anudado en una trenza que le recorría la espalda, y estaba embarazada de ocho meses».

A las dos de la mañana llegaba a la última página. Inma había leído todo lo que su hermana había publicado antes: cuatro novelas y varios libros de poemas que habían obtenido un éxito muy razonable, pero esto despertó en ella una sensación desconocida, no relacionada con la historia que acababa de leer, que aún no estaba terminada, sino con algo que iba más allá: la toma de conciencia de que su hermana, con esta novela, era escritora. Escritora con mayúsculas. Como los pájaros. Nacen con alas, saben volar, son capaces de sostenerse en el aire desde que rompen el cascarón y salen del nido, pero un día despliegan sus alas y se encuentran controlando los giros y planeando sobre el infinito rasgando el aire, descubriendo en su plumaje la caricia del viento, dominando el espacio y alcanzando el vuelo.

Descolgó el teléfono. «Mira que si está dormida lo mismo se asusta, pero no importa, se lo tengo que decir. ¡Es que se lo tengo que decir!» Marcó el número.

—¡Dulce!

—¿Inma? —sonaba ruido de fondo; Dulce había puesto el móvil en manos libres, como cuando iba conduciendo.

—Dulce, ¿qué haces? No estarás conduciendo...

—¡Estoy yendo para Brunete!

Dulce vivía entre un piso que se había comprado en la calle Atocha, en el centro de Madrid, y la casa que tenía al lado de su hermana en Brunete, un pueblo de los alrededores.

—¡Pero si son casi las dos de la madrugada! —exclamó Inma.

—Ya, pero es que quiero estar mañana cuando te despiertes para que me digas qué te ha parecido la novela.

—¡Estoy despierta, así que vente a mi casa en cuanto llegues!

Pasaban las tres y media cuando Dulce entró en la casa de Inma. Las gemelas se abrazaron y se pusieron a dar saltos de entusiasmo en medio del salón. «¡Dulce, Dulce, eres escritora! ¡Eres escritora!». «¡Sí, sí, soy escritora! ¡Soy escritora, Inma! ¡Sí, sí, sí!». Eran dos pequeñas a las que acababan de colgar un poema ilustrado en el corcho de su clase de Primaria.

—¡Estás haciéndonos migas!

Xesca entró en la cocina y sacó a Inma del parvulario. Se acercó al fuego para comprobar que era verdad lo que había sospechado quince minutos antes, cuando llegó hasta su cama el olor de los ajos y el pan. Se besaron. Buenos días. Buenos días. ¿No se han levantado las niñas? No, se acostaron tarde con lo que pasó. ¿Juan? Está todavía en la cama, debe de estar rendido después de los kilómetros que se hizo ayer, ¿y Dulce? Dulce no creo que se levante, te digo más: no debería levantarse en todo el día ni en toda la noche lo que pasa es que hoy es el cumpleaños de Sharon y ha dicho que quiere ir. Literalmente me ha dicho: «Al cumpleaños de Sharon no faltó ni en broma, vamos. Estaría bueno». Ya sabes cómo se pone. No debería. No. Pero iré. Ya lo sé. Es terca como una mula. Sí. Tiene a quien parecerse. Ya. ¿La leche para el café la quieres muy caliente?

Anochece.

Las dos hermanas atravesaron el suelo empedrado bordeado con decenas de velas encendidas que envolvían

el Molino en un aura cálida y suave. Dulce volvió a decir eso de la paz. «Es que a mí este sitio me da paz». Inma sonrió.

Habían estado por la tarde explicando entre las dos a la hija de Inma la importancia de la fiesta de Sharon.

Pepe es pintor y Sharon, su mujer. Él es un artista de reconocido prestigio nacional e internacional y ella es la persona que le acompaña en su vida. Sí, y durante todo el año, Sharon gira alrededor de Pepe: ella le rodea a él y él brilla. Excepto los días 16 de agosto, cumpleaños de Sharon, que él la rodea a ella y ella brilla. Hace años ¿cuántos años, Dulce? No sé, muchos ya. Hace años compraron un viejo molino de aceite en un pueblo cercano a Málaga y lo rehabilitaron para convertirlo en su residencia habitual y mantuvieron en el centro del patio el antiguo espacio reservado para prensar la aceituna. Y yo siempre digo que el Molino es una de esas casas que laten, que respiran y que hablan. Que dicen cosas de sus dueños... Y el cumpleaños de Sharon es un acontecimiento único en todo Villanueva porque la casa se llena de invitados vestidos de fiesta que van dejando sus regalos a la entrada del patio y al final de la noche Sharon, en forma de ritual, va abriendo los paquetes uno a uno intentando acertar quién le ha hecho el regalo. Y lo mejor es que acierta, ¿verdad, Dulce? Verdad, Inma.

Llegaron con un poco de retraso con respecto a la hora acordada, así que ya estaba casi todo el mundo. Se distinguían en el patio los corrillos que se habían ido formando de personas que charlaban con un plato en la mano que podía tener cualquier cosa: ensalada de frutas fresca u hortalizas cultivadas en la parte de atrás, rollitos de carne, canapés variados, jamón de jabugo, brochetitas

de atún marinado, corte de paté al oporto, queso manchego, zanahorias agridulces. Y los postres: cuajada de helado, tatin de plátano con hojaldre y almendras, mousse de queso con puré de papaya, helados, bizcocho de chocolate elaborado por la anfitriona. Me estoy muriendo de hambre. Yo también.

Dejaron su regalo a la entrada del patio y pasaron. Todas las miradas se volvieron hacia ellas. Todas las miradas se volvieron a Dulce.

Qué alegría. Enhorabuena. Dulce, nos ha encantado la novela; eso es lo primero que queríamos decirte y, luego, que cuánto tiempo sin vernos, chica, debería estar penado encontrarnos solamente una vez al año. Bueno, nosotros la vimos el otro día, cuando dio el pregón de las fiestas que estuvo estupenda. Ay, niña, la de veces que te hemos visto este año por la tele, y en la radio y en todas partes; no sabes qué ilusión, oye, ni que fueras algo nuestro. Somos amigos, ¿no? Qué guapos estáis todos. Buenas noches, alcaldesa, ¿qué tal? Pues muy bien, encantados contigo, todos nos han felicitado por el pregón del otro día. La que está encantada soy yo porque me habéis invitado, con el cariño que tengo yo a este lugar. Dulce, ¿qué tomas? Tráeme un platito con de todo, que todo me gusta, gracias. Luego decimos que si engordamos. ¡Ah, yo en septiembre me voy a poner a régimen estricto, a ver si soy capaz de bajar un par de kilos por lo menos! ¡Si es que no paramos de comer! En agosto ya se sabe: comer, dormir y charlar. Qué razón tienes. ¿Y lo que disfrutamos, qué? Pues es verdad, qué quieres que te diga; están siendo unos días maravillosos... ¡Anda, mira, aquí llega la cumpleañera! Hola, Sharon, muchas felicidades; estás guapísima. Tú también. Estás preciosa. Ven que te dé un beso.

Inma se acercó al grupo que había rodeado a su hermana con una copa de vino blanco bien frío. Había estado charlando con Pepe y unos vecinos e iba saludando a las personas que se encontraba y que conocía del año pasado, pero no quería estar demasiado lejos de Dulce, por si acaso. La miraba, un poco apartada, rodeada de gente que la felicitaba y la abrazaba por su trayectoria literaria que había despegado con tanta fuerza en la última temporada. Y sin saber por qué, en uno de esos flashes misteriosos que acuden a la mente, se acordó de los dos trajes de fiesta que se habían quedado colgados dentro del armario de su cuarto y que habían comprado en Madrid para estrenar en la fiesta de Sharon. Se los estuvieron probando en la casa de Brunete no se sabe cuántas veces y de no se sabe cuántas formas: con zapatos de tacón, sin tacón, con un bolso grande, con uno pequeño, con el pelo recogido, con el pelo suelto, con pendientes largos o cortos, con un chal de gasa y sin chal. Pero nada, cuando Dulce se levantó de la siesta dijo que no tenía demasiadas ganas de arreglarse. «Que, para ser exactos, no es que no tenga ganas, es que no tengo cuerpo». Ni siquiera se alisó el pelo por no estar una hora con los brazos en alto con el secador. Qué más daban ahora los vestidos colgados en el armario. Dulce, con sus pantalones negros y una camisa blanca que se había comprado en Berlín, resplandecía entre todas las personas que se le acercaban.

Llegó el por si acaso.

No hizo falta decir nada.

Se cruzaron las miradas e Inma empezó a apartar con delicadeza a los que la estaban rodeando.

—Vamos a llevarla un ratito dentro, que tiene que descansar.

Entraron en el Molino y se dirigieron al dormitorio. Dulce se tumbó en la cama. Había un abanico sobre la mesilla. Por favor, Inma, dame aire, dame aire, por favor. Sí, sí, tranquila, Dulce. Respira conmigo. Así. Despacio. Todo va a salir bien. Tranquila.

Se apagaba el bullicio en el jardín.

3

Hay días en los que me miro al espejo y no reconozco lo que veo. Me miro, pero la estoy buscando a ella. Y no la encuentro. Es mi cara y la suya, es mi pelo y el suyo, es mi piel y es la suya, son nuestros ojos, nuestra boca y nuestra nariz... pero solamente estoy yo y, a veces, ni siquiera. Dicen que, cuando alguien se va de tu lado, uno tiene que empezar de nuevo a vivir sin esa persona, pero es que yo tengo que empezar a vivir también sin mí, sin lo que yo he sido hasta ahora. Para los que no tenéis gemelos no es fácil de entender, porque habéis estado siempre solos, con vuestra imagen única e irreplicable, pero yo he estado cincuenta años con un rostro acompañado y ahora me he quedado literalmente sola, por eso creo que ella ha dejado una imagen que soy incapaz de encontrar. De vez en cuando, pienso que se ha ido obstinada en que no la reconozca, para que vaya aprendiendo a vivir sola, no como mitad, ni como una réplica, ni como una parte, sino como un todo. Pero yo necesito volverla a ver, aunque sea sólo un momento. Y vuelvo al espejo. Y la busco. Y no está. La busco en la mirada de los que dicen que se parece a mí, y no está. La busco con la hondura de sus ojos transparentes, esos que dicen que son también los míos, y no está. Busco el gesto de su boca, la sonrisa que

era nuestra, la geometría de lunares que habitaba su frente, y no está. No está en mí ni en ningún otro lugar, pero entonces ¿quién es esa otra mujer que me mira? ¿Quién tiñe la imagen del cristal? ¿Quién es esa intrusa que está ocupando el lugar de las dos? ¿Por qué son tan oscuros esos ojos? ¿Por qué están opacos? ¿Quién les ha robado la humedad y el brillo que tenían? ¿Quién? ¡Que me la devuelvan! Que me devuelvan su cara, mi cara, sus gestos, los míos. Que quiero encontrarla en el precipicio de su dulce cuatro, de su dos immaculado, que quiero ahogarme en su fondo y quedarme allí, meciéndome en su voz. Su voz. Qué extraña sensación. Su voz en algún lugar del fondo, su voz que me habla y que se ríe a carcajadas y que calla y que duerme y que despierta revoloteando por las mañanas. Su voz...

4

No he vuelto a leer nada de ella. No soy capaz, salvo en un homenaje que le hicieron al poco tiempo de su muerte y donde me pidieron que leyera algo en voz alta. Escogí unos poemas del libro *Contra el desprestigio de la altura* porque ella siempre defendía lo de estar en las nubes. Antes de leer, levanté los folios al aire y dije en voz alta: «Va por ti». Nadie entendió el gesto, pero yo sí y seguro que ella también. Después de eso, no he vuelto a leer nada más. Porque no puedo. No leo porque no puedo. Lo primero porque me duele. Es como si la estuviera escuchando y me hace daño por dentro. El otro día cogí el metro en Madrid —no me acuerdo adónde tenía que ir—, entré, me senté y me quedé mirando no sé por qué un texto que había pegado en la pared del vagón. Tenía la letra en cursiva, grande, para que pudiera leerse bien desde los asientos y estaba ilustrado con un dibujo que esbozaba una mujer embarazada y vestida de azul. Me acuerdo que una tarde, un par de años atrás, íbamos en el metro mi hermana, mi madre y yo y Dulce le dijo a mi madre: «¿Te imaginas que un día estoy yo ahí, con algo que he escrito pegado en la pared del metro?». Nos reímos mucho las tres y fantaseamos durante un buen rato con la idea. Y el otro día, este que te digo, iba un po-

co como voy últimamente a todas partes, que ando como despistada, como si estuviera en cualquier otro lugar menos en el que estoy, casi sin darme cuenta, empecé a leer el texto que tenía enfrente:

«La mujer que iba a morir se llamaba Hortensia. Tenía los ojos oscuros y no hablaba nunca en voz alta. Sólo cuando la risa le llenaba la boca, se le escapaba un Ay madre mía de mi vida que aún no había aprendido a controlar, y lo repetía casi a gritos sujetándose el vientre. Se pasaba gran parte del día escribiendo en un cuaderno azul. Llevaba el pelo largo, anudado en una trenza que le recorría la espalda, y estaba embarazada de ocho meses».

Me quedé un rato con la mirada perdida en las palabras meciéndome en el traqueteo del tren.